

Al levantarse el telón, se encuentran en escena los alumnos de Civil y los tres catedráticos constitutivos del Tribunal, que les van a someter al terrorífico examen de fin de curso.

El encargado del examen es un catedrático de unos treinta años de edad, de figura arrogante, con rostro atractivo, pero con la seriedad de un ciprés. Conviene saber, antes de que empiecen a hablar los personajes, que este catedrático acaba de llegar a la Universidad de X, sustituyendo al que hasta hace pocos días había venido desempeñando esta cátedra. Su inesperada presencia había hecho palpar el corazón de todas las jóvenes alumnas. ¡No es corriente tropezar con profesores de tipo tan interesante! El corazón que por él con más fuerza latió fué precisamente el que hasta aquella fecha menos había latido...: el de Rianseres. ¿Sabía ella por qué? ¡No!; pero pronto lo vamos a saber nosotros.

## SE HA LEVANTADO EL TELON

Rianseres. (Bajo, a su amiga Carmina, mientras el Tribunal hace los preparativos del examen.)—No sé qué me pasa, me encuentro nerviosísima, se me van todas las ideas, creo que no podré soportar hoy el examen. Me parece que me voy a quedar para la segunda vuelta.

Carmina.—Estás locas, Rianseres; ¿sabes el desprestigio que supondría para ti, número uno del curso, el no presentarte cuando te llamen estando presente?

Rianseres.—Sí, lo comprendo; pero esta angustia, que sin saber por qué me atormenta, es superior a mis fuerzas. ¿Crees que me tocará hoy? ¡Tengo a seis delante!

Carmina.—¿A seis dices? ¡Entonces no! Nuestro nuevo catedrático tengo entendido que dedica una hora de tortura a cada alumno que examina. Aunque haya alguno que no se presente, siempre te quedará un margen bastante amplio.

El presidente del Tribunal. (Tocando la campanilla.)—Van a dar comienzo los exámenes de Derecho civil.

El secretario.—Don Jesús Fernández Martín.

—¡.....!

El secretario.—Don Gregorio Maldonado García.

—¡.....!

El secretario.—Don Carlos Marcos Egea.

—¡.....!

El secretario. (Cada vez más asombrado de ver que ningún alumno se presenta.)—Doña Margarita Aizpurúa Elósegui.

—¡.....!

Rianseres. (Muy bajo a Carmina.)—Tócame el corazón. Fíjate cómo me salta. ¡A mí me va a dar algo!

Carmina.—No sé por qué te asustas, cuando dominas la asignatura como ninguna.

Rianseres.—Yo tampoco lo sé.

El secretario.—Don Mariano Sepúlveda Fernández.

—¡.....!

El secretario.—Don Miguel Angel Esteve Rius.

—¡.....!

El secretario.—Doña Rianseres Feisón Samper.

(Rianseres, como una autómatas, coge el programa, la papeleta de examen y, blanca como la cera, se dirige al Tribunal.)

El secretario. (Entregándole la bolsa de las bolas.—Tenga la bondad, señorita, de sacar tres bolas.

Rianseres. (Temblando, como si fuese a cometer un crimen, mete la mano en la bolsa y saca las tres bolas. Sin mirarlas tan siquiera, coge una de ellas y se la entrega al catedrático. Con voz apenas perceptible.)—Esta.

El catedrático. (Cogiendo la bola y mirándola.)—Muy bien. Ha elegido usted la lección 22; veo que también cultiva los capicúas...

Rianseres. (Sin saber lo que contesta ni lo que le han preguntado.)—Sí, señor.

El catedrático. (Ojeando el programa.) ¡Bien! Pues veamos qué me dice usted de tema tan interesante como es la tutela.

Rianseres. (Azoradísima y mirando al suelo, como si pretendiese encontrar en él las ideas, que le habían desaparecido por completo de su cabeza.)—La tutela..., la tutela..., la tutela...

El catedrático. —¡Bueno, señorita; no se ponga usted nerviosa! Todos hemos oído ya que nos va usted a hablar de la tutela. Díganos, por ejemplo, qué definición daba Servio de ella.

Rianseres. (Que empieza a notar se le está formando un fuerte nudo en la garganta que le va a impedir emitir una sola palabra.)—Servio dijo..., Servio dijo...

El catedrático. (Bajo, intentando apuntarla.)—«Vis ac potestas in capite libero...».

Rianseres. (Repitiendo automáticamente.)—«In capite libero...».

El catedrático. (Que comienza a pasar peor rato que su alumna.)—¡Muy bien, siga! «... ad tuendum eum, qui propter aetaten se defendere...».

Rianseres. (Vencida por su ataque de nervios empieza a llorar y se retira del Tribunal, repitiendo entre dientes.)—«A mi defendere..., a mi defendere...»



...Tócame el corazón. Fíjate cómo me salta. ¡A mí me va a dar algo!...

El catedrático. (Comprendiendo el significado de aquellas palabras que inconscientemente está repitiendo la atribulada Rianseres y viéndola marchar con gran pesar por su parte.)—¡Qué caso más extraordinario! Las calificaciones que he encontrado de esta alumna no podían ser mejores. ¿Qué ha podido ocurrirle?

El presidente del Tribunal.—Yo tampoco me lo explico. Le aseguro que la actitud de la señorita Feisón me ha dejado más perplejo que a usted. Siempre había admirado la serenidad y el aplomo que esta alumna tenía en los exámenes.

El secretario del Tribunal.—Y lo peor de esto es que no tenemos más remedio que suspenderla.

El catedrático. (Abre mucho los ojos y contrae el rostro en demostración de desagrado; pero no dice más que:—)El siguiente.

El secretario.—Don Casimiro Díaz Ruipérez.

—¡.....!

El secretario.—Don Cándido Arenas Pacheco.

(Continúa en la página 50)

...vió que tenía enfrente, contemplándola, nada menos que al catedrático de sus primeros sueños de amor...



TEODOR DELGADO

**SEÑORITA:** ¿le interesa aprender corte y confección sin moverse de su hogar? Por correo puede diplomarse rápidamente como profesora ganando 300 pesetas al mes. Escribir: UNIVERSIDAD FEMENINA. Calle Nueva de San Francisco, 23 BARCELONA (Incluir franqueo)